

Cuando en el corazón del hombre palpita la lealtad

Semblanza de Carlos Emilio Muñoz Oraá

MERIDALBA MUÑOZ BRAVO
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
MÉRIDA-VENEZUELA
mbmeridalba@gmail.com

N° 48

Éramos muy niños, apenas alboreaba en nosotros la adolescencia cuando, como refiriera tan soberbiamente el ilustre Dr. Cuesta y Cuesta sobre papá, “anocheció en la mitad del día”. Corta fue la vida de Muñoz Oraá, apenas 46 años duró, pero la vivió con alegría y entera pasión, sin darle tregua a la muerte. Era un hombre alegre, positivo, que encontraba siempre el filón del mañana aún en los momentos difíciles.

- *“Ya no podrás quererme – me dijo
- Calla –le respondí- Ahora debo decirte que cuando todo en la tierra es
alegría lo es porque en el corazón del hombre palpita la lealtad”.*

Así terminaba su cuento “Cuando todo en la tierra es alegría”, con el que ganó el segundo lugar en un certamen celebrado en la Cárcel Modelo de Caracas en septiembre de 1955, cuando la oprobiosa dictadura perezjime-nista, como todos los gobiernos autoritarios, reprimía y apresaba a quienes disentían y se resistían a las injusticias, la corrupción y el engaño del régimen.

- *Bendición mamá,
- Dios me lo bendiga hijo.*

Con una arepita en el estómago, un guarapo y un trozo de un lápiz que la abuela Amalia había dividido en dos para que sus hijos pudieran

asistir a la escuela, así comenzó *Mimilo*, nacido en Ospino el 14 de mayo de 1929, su formación primaria en la “Escuela Federal Vargas” de Guanare. Continuó luego en el “Liceo Unda” también en Guanare, “*colegio que nos enseñó a medir la plenitud del hombre*”, y culminó su bachillerato en el “Lisandro Alvarado” de Barquisimeto; porque no obstante ser el “Unda” (antes Colegio San Luis Gonzaga) el primer liceo público del país, en la provincia venezolana -como bien lo recreara Otero Silva en *Casas muertas*-, muchas escuelas no llegaban a tener todos los grados.

La pobreza material en el hogar, soportado con el exiguo ingreso que percibía don Carlos Muñoz Codecido como Alcaide de la cárcel, y la pobreza material en el pueblo le curtieron y fortalecieron para el batallar por su sueño de un mejor mañana. Los rigores de dicha pobreza eran compensados por los afectos y el privilegio de una familia numerosa -nueve hermanos-, que se ampliaba hasta incluir a las gentes todas de su querida Guanare. Y es que su ciudad apenas si contaba con poco menos de cuatro mil habitantes hacia los años 1940, y en ella “todos” se conocían. Inolvidables recuerdos de la casa de la abuela cuando ya Guanare había crecido. *Buenos días doña Amalia!* – se escuchaban como letanías, a través del zaguán, los saludos de los que por allí pasaban.

En las noches guanareñas, cuando el calor amainaba un poco, salíamos con papá a caminar y se repetía la letanía, esta vez por parte de *Mimilo* saludando a través de los zaguanes, o a quienes en las calles, sentados en sus silleas de cuero o de mimbre recostadas a las paredes, lucían como piezas de un complejo sistema de afectos, complicidades y remembranzas. Ese fue el cobijo del que se nutrió en su niñez, y ese sentimiento, esa manera tan llanera de ser la llevó consigo a la serrana Mérida. Ahora no con saludos a través de los zaguanes porque ella había crecido, y en las afueras Mérida era otra con sus casas escudadas tras jardines frontales y ventanas cerradas. Carlos Emilio tocaba a las puertas y con sus vecinos, colegas o compadres se instalaba en el interior a compartir ratos de amena tertulia como nos lo contara su compadre, el doctor Abdel Fuenmayor. Conversar, ese era un placer que compartía Muñoz Oraá gustoso, y es que el comunicar era una de sus maneras de construir.

Una vez obtenido su título de bachiller en Filosofía y Letras en el año de 1949, inició sus estudios de Periodismo en la Universidad Central de Venezuela y con ellos su liderazgo estudiantil. La política fue también algo inherente a su vida; la política basada en principios, en ideales, en sueños de justicia y libertad. Coincidieron sus primeros años universitarios con la alegría del triunfo electoral de Jóvito Villalba en 1952, en la naciente demo-

cracia venezolana, y el vergonzoso fraude que en su contra consumó Pérez Jiménez, hecho este que acicateó la voluntad de lucha de Muñoz Oraá. Militó convencido junto a la entonces idealista juventud de Acción Democrática, participó en la actividad clandestina y vivió dolorosos encierros carcelarios. En una ocasión, temerariamente y en un ejercicio de tensa velocidad que le valió su segunda detención preventiva, consiguió que al alborear una cálida mañana Guanare luciera vestida de néveas banderas. Otras veces salió airoso, como cuando disfrazado de mujer tras un biombo y tecleando una máquina de escribir, burló la visita que la Seguridad Nacional hiciera a la casa de unas amigas que solidariamente le escondieron en Caracas.

En esos años en que la actividad política formaba con el estudio una unidad de principios, Muñoz Oraá no cejó en su empeño de “*alcanzar un título universitario, no para sobrecargar de economías sus bolsillos, sino para enriquecer su confianza en ideales que hace más hondo la casona en donde aulas y algarabía son un común denominador por la conquista de la libertad*”, como él mismo escribiera. Y dado que, como otros jóvenes de su época, asumió el compromiso de luchar por un mejor país y en contra de la tiranía, la implacable persecución política a que estaba sometido le obligó a moverse de lugar, y con ello se retrasó la obtención de su título universitario. El cerco era implacable; en su expediente de la Seguridad Nacional signado con el número 213, reposan innumerables órdenes de detención que giraron distintos jefes, incluido el propio Pedro Estrada, a sus brazos regionales – Seguranal era el nombre que llevaban- de Guanare, Cojedes, Barquisimeto, Biscucuy, Mérida. Tal era el empeño en capturarlo que en una oportunidad usaron como carnada a su propio padre. Pero la valentía y la decisión de no claudicar se impusieron hasta por sobre al cariño familiar; tuvieron que dejar libre al abuelo Carlos porque papá no se entregaba.

Entre actividades clandestinas, tareas reporteriles y corresponsalías en los diarios *El Nacional*, *La Esfera*, *El Universal*, *Últimas Noticias*, *El Impulso*, *Élite*, y *Diario de Occidente* (Maracaibo), cumplidas desde 1953, transitó de la escuela de Periodismo de la Universidad Central a la de Derecho de la Universidad del Zulia. Pero su aguerrido activismo político contra la dictadura lo condujo nuevamente a la cárcel y en ella a las tradicionales torturas. Fue capturado en el Zulia el 21 de agosto de 1954, y tras pasar por la Seguranal de Maracaibo y la Cárcel del Obispo en la capital, finalmente ingresó a la temida Cárcel Modelo de Caracas. Allí compartió prisión con otros activistas políticos que luego detentaron altos cargos en gobiernos posteriores a la Dictadura. Durante los ratos de silencio -que siempre abundan en la cárcel- leyó entre otros a Schopenhauer, a Lin Yutang, a Maquiavelo, a

Luis Jiménez de Asúa, cuyo libro *El criminalista* rubricó con fechas de 6 de septiembre de 1954 en la Cárcel “El Obispo” de Caracas y de 3 de enero de 1955 en la Cárcel Modelo. De esta última salió el 21 de diciembre de 1955.

Cuántos desvelos padeció la vieja Amalia!!!. Ruegos y lágrimas le acompañaron en sus angustiosos periplos por las cárceles en busca del hijo amado; una vez hallado dormitaba a la puerta de la prisión esperando para poder visitarlo. De Guanare a Caracas viajaba acompañada de azafates de dulces y alguna caja de cigarrillos para el hijo, y para los guardias también porque había que buscar clemencia. Tan grande era su amor y tanta la esperanza en su primogénito que a manera de amuleto, o como reliquia del desconsuelo e incertidumbre, se vio por siempre pender del techo de cinc que cubría la sala de su casa una cajetilla de cigarrillos Fortuna, la última que se fumara Carlos Emilio en la Modelo. Los que no fueron desaparecidos y los que no sucumbieron al oprobio de la tiranía, salieron *canillúos* del encierro; y así, muy enjuto de carnes, pero esperanzado en un mañana posible, salió Muñoz Oraá de la cárcel por tercera vez, con sus veintiséis años a cuestas y la mochila llena de sueños.

Tras su salida de la cárcel con la obligación de presentarse cada 15 días en la Seguridad Nacional, y con una carta de recomendación para las autoridades de la ULA, Muñoz Oraá decidió encumbrarse a las tierras andinas para continuar su proyecto de formación universitaria. Periodismo y Derecho, dos ramas del saber humanístico que quedaron inconclusas, se vieron sucedidas por sus estudios de Historia, ahora en la Universidad de Los Andes. Carlos Emilio transitó las aulas merideñas y se nutrió de los saberes universales de sus profesores, algunos de ellos verdaderos maestros en su ya madura etapa estudiantil. Gonzalo Rincón Gutiérrez, Miroslav Markovich y Alfonso Cuesta y Cuesta fueron destinatarios de escritos suyos destacando sus méritos.

Se compenetró de inmediato con la Universidad y la ciudad, y en ella echó raíces. A esto contribuyó grandemente que la noche del 19 de febrero de 1956, con apenas días en Mérida, recibió como un fogonazo el bautizo del amor con aguas carnestolendas. Un globo de agua lanzado por una joven andina de grandes ojos llamada Delhi fue a dar en su cara, y así descubrió a quien se convertiría en su eterna compañera. Su vida universitaria en Mérida se desarrolló, pues, junto a otro nuevo proyecto: su propia familia. Estudios y familia, dos proyectos que requerían un soporte económico que Muñoz Oraá obtuvo primero dictando clases en institutos de educación secundaria y ejerciendo labores periodísticas. Junto a Miguel Ángel Liendo fundó el radioperiódico *La Voz de Mérida* el 1º de junio de 1957, tribuna

para la difusión del acontecer regional y nacional, y que transmitían a través de la Radio Universidad.

Deseoso de ver liberada su tierra de la tiranía y del oprobio del militarismo con el que nunca estuvo de acuerdo, continuó participando activamente en acciones de tipo político. Al respecto cuenta Ernesto Pérez Baptista, su colega y compadre, que entre los años 1956 y 1958 se reunían regularmente en las afueras de la ciudad un grupo integrado, entre otros, por el propio Pérez Baptista, Muñoz Oraá, un militante obrero y en ocasiones el dirigente obrero Bernardo Aranguren. El abuso e iniquidad de la policía del régimen condicionaban la clandestinidad de sus reuniones e incluso de su actividad periodística, teniendo que ampararse en ocasiones tras la sombra de pseudónimos: Bambey y Buenaventura Salvatierra, por ejemplo. Más tarde, en su etapa ya profesional usó el pseudónimo Juan Ignacio Prieto en varios artículos, uno de ellos titulado: “Venezuela, ¿una revolución frustrada?” publicado en el periódico *El Día*, de México, en octubre de 1964.

El gozo fue inmenso cuando el 23 de enero de 1958 el dictador fue “destronado”. Por esos días Carlos Emilio pronunció un encendido discurso en la Plaza Bolívar de su querida Guanare. El propósito se había cumplido, y ahora tocaba levantar la Venezuela que el personalismo, el militarismo, la represión, la injusticia y la corrupción habían dejado maltrecha; porque un país no se construye sólo con toneladas de asfalto y cemento, un país se construye con moral, con principios, con justicia, con educación. Ese mismo año de 1958 Mérida arribaba a su cuatricentenario, y como estudiante, periodista y merideño asimilado se involucró de lleno en las actividades preparatorias de tan importante celebración. Una de ellas, y que tuvo una especial significación en su vida, fue la Campaña de Alfabetización que la Universidad de Los Andes llevó a cabo con sus estudiantes por distintas regiones de la geografía merideña.

Habiendo cumplido en la última fase de sus estudios con el requisito de las prácticas docentes, labor que realizó en el Liceo Nocturno Florencio Ramírez, y tras una juventud y temprana adultez cargada de intensas vivencias y compromisos, obtiene en la Universidad de Los Andes su título de Licenciado en Historia en julio de 1959. Integró junto a Horacio López Guédez, Ernesto Pérez Baptista, Gladys Valero de Pérez, Antonio Nicolás Briceño, Mario Bosetti y Ventura Reinoza, el grupo de la primera promoción de historiadores de la Facultad de Humanidades y Educación, a quienes la Universidad de Los Andes acogió como profesores y les ofreció, de inmediato, realizar actividades de especialización e investigación en diversos países.

España fue su primer destino. Lo emocionaban la “inmersión” en los documentos antiguos del Archivo de Indias de Sevilla y las estimulantes tertulias con quienes desde entonces serían sus grandes amigos: Horacio López Guédez e Ildefonso Leal. Acompañados de unos pescaditos en adobo y un buen jerez, debatían acerca de la historia patria, la universal y el presente de la humanidad. Nace su primer hijo y de Sevilla viaja con su pequeña familia a la tierra del nopal, el águila y la serpiente, la cuna de la ilustre Universidad Nacional Autónoma de México, para continuar su labor investigativa. De esa etapa iniciática surgieron dos valiosos trabajos: *La independencia de América (Pronóstico y Proyecto de Monarquías)* y *La Sociedad venezolana frente a la Intendencia*.

● Dos años duró su viaje de estudios. A mediados de 1961 regresa a Mérida y se incorpora como profesor a la joven Facultad de Humanidades y Educación. Docencia, investigación, extensión, cargos administrativos, labor gremial, periodismo y una más sosegada actividad política, que no por lo sosegada le libró del radicalismo de algunos que hasta un atentado le hicieron. Según cuentan familiares cercanos que supieron del incidente, se trató de un grupo de derechas conocido como *Cruz Negra*, compuesto por algunos miembros radicalizados del partido COPEI, que veían a Muñoz Oraá como un enemigo, por militar para ese entonces en la filas del naciente Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), surgido de la división del partido Acción Democrática.

● Un sinnúmero de actividades realizó, en las que la educación y la universidad eran su motivación principal. Por una educación de calidad clamaba ante cada audiencia y en cada momento. Una docencia creadora de conocimiento, una docencia reflexiva y operativa al mismo tiempo. Una universidad de investigadores y no de meros repetidores de lo conocido. Una universidad que diera respuesta a las necesidades del país. De ese común empeño con sus compañeros de trabajo nació una de sus más preciadas obras: una escuela en donde los estudiantes de Educación aplicaran lo aprendido, el centro educacional de la Asociación de Profesores de la ULA, el CEA-PULA. Allí numerosos niños, entre ellos los propios hijos de profesores de la Universidad, recibieron educación bajo nuevos enfoques pedagógicos.

● En ese proceso de transformación universitaria, se hacía necesario conquistar para los profesores mejores condiciones de trabajo, y fue otra de las tareas que acometió con entrega. La presidencia de la naciente Asociación de Profesores de nuestra Universidad de Los Andes y la creación de la Caja de Ahorros de los Profesores capitalizaron mucho de su tiempo. Diversos convenios se suscribieron, entre ellos uno con el Club Balneario de Palma Sola, en la costa

carabobeña, porque el ocio es el necesario complemento del trabajo. También un convenio con una fábrica de trajes, para acceder a indumentaria adecuada para los profesores. Y de este evento una anécdota: el representante de la casa comercial quiso “obsequiar” una comisión a Muñoz Oraá, como presidente de la APULA, por haber suscrito el convenio, y la indignación de nuestro padre fue tal que le ordenó salir de inmediato de su despacho. No sabemos si el convenio se mantuvo o no, pero Muñoz Oraá dejó bien claro que sus principios no eran negociables y que no aceptaba comisiones y preventas.

Situación semejante vivió, aunque no con él como destinatario, cuando acompañado por unos amigos desayunaba en una fuente de soda en Caracas. Uno de ellos ocupaba un alto cargo administrativo en la ULA y cuando se dispusieron a pagar la cuenta, el mesonero les informó que alguien que estaba también en la fuente de soda, se había hecho ya cargo del pago. Ese alguien era el representante de una casa comercial que suministraba equipos de oficina a nuestra Universidad. Aunque para muchos parezca una tontería despreciar esos “obsequios” por considerarlos beneficios propios de los cargos, Muñoz Oraá nunca lo vió así y no aceptó, pues también a su facultad suministraba esa empresa equipos. “Obsequio de la casa” o pago de comisiones; la línea es ciertamente muy delgada!

Muchos asuntos universitarios preocuparon a Muñoz Oraá, entre otros, la reforma a la Ley de Universidades en 1970, con la autonomía como uno de los puntos neurálgicos de discusión y sobre lo que escribió y habló reiteradamente. También la defensa de la alternancia como principio democrático. Así, a comienzos de la década animó a sus colegas para que se propiciaran elecciones rectorales en la ULA. Muchos años llevaba el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, su buen amigo, desempeñando el cargo de rector y, no obstante sus méritos, había que conjurar los males que pueden derivar de una larga permanencia en el ejercicio de la autoridad. Tras varios intentos infructuosos por la poca participación electoral, en 1972 Muñoz Oraá, el Dr. Masino Valeri, el Dr. Néstor López Rodríguez y el profesor Wigberto Contreras, conformaron un equipo y plantearon su proyecto de candidatura rectoral. No ganaron ellos, y sería interesante saber si alguna vez Muñoz Oraá aspiró realmente ese triunfo, o si su verdadera intención fue la de contribuir para que se consolidara el proceso eleccionario.

Pero no todo era trabajo; desde la presidencia de APULA varias fueron las fiestas campestres que organizaron para los profesores y sus familias, o la promoción de la actividad deportiva, dentro de la que los juegos de softball interfacultades congregaban a la familia ulandina los fines de semana. También en lo personal, muchas fueron las ocasiones que Muñoz

Oraá propició para el cultivo de la amistad, de la vida familiar y de dos de sus grandes pasiones: la caza y la pesca. De la cacería se despidió más temprano, no sabemos si por una oportuna reflexión o por un infortunado hallazgo: una de las venaditas enfocadas con la mira de su rifle cobijaba en su vientre a su futura cría.

La venadita saltaba presumida y pispireta, el cazador la apuntó, pero ella lo desarmó con su mirada coqueta, así reza uno de los versos de su *Cazador arrepentido*, última de las cinco canciones que compuso. Muchos de sus amigos y colegas universitarios le acompañaron en sus acostumbrados viajes de fin de semana a Guanarito. Hombres de paltó y corbata que se despojaban de la formalidad y se inundaban de sabana. Tal fue, por ejemplo, el caso de Noël Salomón, historiador e hispanoamericanista francés de la Universidad de Burdeos, quien en carta a Muñoz Oraá refirió su paseo al llano portugués, como lo más impresionante y emocionante de todo lo que vivió en su visita a Venezuela en 1972. En Guanarito, junto a sus amigos, al compadre Natividad o a Pantaleón, llaneros de alpargatas y de hablar pausado, su lancha El Coporo y la inmensidad del llano, *Mimilo* daba rienda suelta a su sentir venezolano. Allí charrasqueó el cuatro, compuso canciones, reflexionó sobre la realidad universitaria y educativa del país, allí soñó con la Universidad de Los Llanos, allí gestó tantos y tantos proyectos. Allí incluso, para no desesperanzarlos, recetó acetaminofén a algunos campesinos que se acercaban presurosos porque oyeron decir que había llegado “el doctor” Muñoz. Una vez nos llevó con él, y junto al rancho del compadre levantó el campamento. Mamá, papá y Carlos Amable dormían bajo los árboles en hamacas bien protegidas con mosquiteros, mientras Samaria, Alejandro y yo dormíamos en la tolva de un camión acondicionado como tienda de campaña.

- *Papá, qué ruido es ese?*

En la oscuridad y el silencio de la noche, era para nosotros un descubrimiento el universo de nuevos sonidos. Ulular del viento, trinos, chirridos, ladridos, mugidos, bramidos y un largo etcétera.

- *Quédense tranquilos y no hagan ruido que eso son tigres que andan merodeando,* nos respondía.

Bromista hasta la saciedad, papá disfrutaba con nuestras expresiones de sorpresa y hasta de miedo, porque al final resultaba ser el aullido de los araguatos que semejan fielmente el rugido de los felinos. De la dulce atmósfera del hogar algunos recuerdos entrañables. Juntas en la misma habitación

con mi hermana nos acostábamos muy temprano, siempre antes de que papá regresara a casa. En varias ocasiones él, silenciosamente disponía los recursos necesarios y emocionado por su obra, nos despertaba serenateándonos con su *Pescador en río llanero*. El Dr. Hildebrando Rodríguez lo secundaba en su entusiasmo y tras algunas cuantas veladas de pruebas y pruebas, finalmente dieron cuerpo a un disco con dos de sus canciones. A sus hijos mayores, porque los menores eran aún muy pequeños, nos inscribió en clases de cuatro y luego de acordeón; y una navidad, por allá por 1973 quizás, acordeón en mano fuimos a serenatear al Dr. Mario Spinetti Dini en su casa, vecina de la nuestra en la urbanización universitaria, interpretando para él *Noche de paz*. Y es que el vecinazgo Carlos Emilio lo tenía muy arraigado desde su vivencia guanareña. A su retorno de la pesca papá llegaba cargado de cachamas, coporos y bagres, que por instrucción suya sus hijos salíamos a repartir entre los vecinos. Eran otros tiempos, hermosos tiempos sin duda.

Y en el temprano ocaso tomó forma uno de sus grandes sueños, que la educación universitaria llegara a cada rincón del país, en especial a su amada tierra llanera. A ello dedicó grandes esfuerzos cuando sin saberlo su luz amainaba. “Mi salud se resiente” anotó en las márgenes de un como diario que llevaba en los postreros días de su vida, cuando en Caracas paría el último de sus hijos intelectuales: el “Estudio de factibilidad para la creación del Núcleo Experimental de Los Llanos Occidentales”, génesis de lo que poco después de su muerte se convirtió en la Universidad Nacional Experimental de los Llanos Ezequiel Zamora.

Muchos recuerdos quedan aun en la memoria, imposibles de resumir en unas páginas. Pero un día, el 18 de mayo de 1975, con solo 46 años de edad y muchos proyectos por realizar, partió dejándonos el ejemplo del trabajo comprometido, de la honestidad, de la ética y del amor patrio.

NOTAS

- 1 Carlos Emilio Muñoz Oraá (1929-1975), profesor de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, Venezuela. Anécdotas y datos proceden de la historia oral, grabaciones y documentos que conserva su familia.
- 2 Arquitecta, Universidad de Los Andes, 1984. Doctora en Teoría e historia de la arquitectura, Universidad Politécnica de Cataluña, 2007. Profesora titular jubilada, ULA – 2018. Líneas de investigación: Arquitectura y ciudad venezolanas, la arquitectura de Manuel Mujica Millán, La ciudad venezolana en la literatura.
- 3 Reseñado por Ramón Pérez Febres en su discurso pronunciado como Presidente de la APULA en 1975.

- 4 Muy niño aun Carlos Emilio se mudó con sus padres a Guanare, donde nacieron todos sus hermanos.
- 5 En discurso de Carlos Emilio Muñoz Oraá en homenaje de la ULA al Liceo José Vicente de Unda en sus 133 años.
- 6 En documento sin fecha, aunque posterior a 1958, dirigido a Rafael José Muñoz en agradecimiento al elogio de este a Muñoz Oraá y a otros jóvenes revolucionarios.
- 7 Muy reservado fue siempre al hablar de las torturas en la cárcel.
- 8 Sobre Gonzalo escribió: Un recuerdo para Gonzalo Rincón Gutiérrez, publicado como separata en PAIDEIA, ULA, Nos. 7 y 8, febrero-marzo de 1965. Sobre Markovich y Cuesta y Cuesta, venezolanos de corazón como los llamó, escribió aún siendo estudiante “Dos valores de nuestra escuela”, en el *Boletín del Centro Universitario de Cultura*, de la Escuela de Humanidades ULA, N° 1 Año 1, del 11 de noviembre de 1956.
- 9 Ya desde joven había mostrado vocación por la enseñanza. Con apenas dos años como bachiller, por allá por 1951, en el Liceo “J.M. Nuñez Ponte” de Caracas ya enseñaba Historia de Venezuela.
- 10 El primero de ellos, realizado como investigación para el curso a cargo del Dr. Guillermo Céspedes del Castillo de la Universidad de Sevilla, fue publicado, en diciembre de 1960, por la Revista de Historia de América, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México. El segundo fue presentado en diciembre de 1963 como credencial de mérito para ascender al escalafón de Profesor Asistente.
- 11 En el libro titulado *Testimonios históricos*, publicado por primera vez en 1985 por Ediciones Centauro, se recogen sus artículos de prensa publicados en la columna Testimonio, que mantuvo por varios años en el diario *El Nacional* de Venezuela.
- 12 El balneario formaba parte de los urbanismos desarrollados a partir de 1954 en Morón, para servir a los trabajadores de la petrolera estadounidense Mobil Oil y la ensambladora de carros alemana Volkswagen.
- 13 Sólidos y mutuos fueron la amistad y respeto que se profesaban. En respuesta de 25 de marzo de 1969 a una carta del Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, Muñoz Oraá le manifestaba: “En un país donde abunda la ambición desmesurada, usted ha dado ejemplos de anteponer a intereses individuales los superiores intereses de la Nación. No se duerme en los laureles de una obra cumplida, sino que insatisfecho por saber que hay tanto por hacer aun, mantiene su inquebrantable espíritu de trabajo para llevar a metas superiores la obra comenzada.”
- 14 En una de las cintas magnetofónicas conservadas se narra, a manera de justa hípica, un hipotético desarrollo de esa elección rectoral.